

10
3

BIBLIOTECA
LÍRICO-DRAMÁTICA.

¡UNA LIMOSNA POR DIOS!

CUADRO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

Original de

DON JOSÉ JACKSON VEYAN

Representada con éxito en el teatro Martín la noche del 5 de Noviembre de 1880



MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR,
Atocha, 87, principal izquierda.
1880.



¡UNA LIMOSNA POR DIOS!

CUADRO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

Original de

DON JOSÉ JACKSON VEYAN

Representada con éxito en el teatro Martin la noche del 5 de Noviembre de 1880



MADRID

ENRIQUE ARREGUI, EDITOR,
Atocha, 87, principal izquierda.

1880.

REPARTO.

PERSONAJES.

ELENA.
PABLO.
FRANCISCO (75 años).
CARLOS.
LUIS.
GIL.
UN NIÑO (5 años).

ACTORES.

Sra. Perez.
Sr. Martinez.
Alba.
Espejo.
Lojo.
Pardiñas.
Niña de Alba.

La accion en Madrid.—Epoca actual.—Derecha é izquierda
la del actor.

*Esta obra es propiedad de D. Enrique Arregui, y nadie sin su permiso podrá representarla.
Los representantes de la BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA de dicho señor, son los encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.*

Imprenta de Alvarez hermanos, San Pedro, 16.

ACTO ÚNICO.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen á la mesa, PABLO, CARLOS y LUIS. En el momento de alzarse el telon PABLO destapa una botella de Champagne y sirve copas. GIL sale por la puerta de la derecha con servicio de café y bandeja de puros.

CAR. ¡Tal almuerzo tal Champán!
LUIS. ¡A tal amigo tal mesa!
CAR. ¡Por Pablo! (*Apurando la copa.*)
LUIS. ¡Por nuestro amigo! (*Idem.*)
PAB. ¡Por la amistad verdadera,
si es que esa pobre señora
existe sobre la tierra! (*Bebiendo.*)
CAR. ¡No ha de existir!
LUIS. ¡Nos ofendes!...
CAR. Pues si así la amistad niegas,
esta amistosa comida
¿qué nos dice y qué nos prueba?
CAR. Perdonad, soy tan escéptico...
LUIS. Y áun en romántico pecas.
PAB. Dudo de todo.
CAR. Yo no.
PAB. El que ya frisa en los treinta...
LUIS. ¡Triste edad de desengaños!
CAR. Sí; como dijo Espronceda.
PAB. Sirve el café. (*A Gil*)
LUIS. Rico aroma.

PAB. Tabacos... (*Ofreciéndoles la bandeja*)
CAR. ¡Valiente breva! (*Cogiendo un cigarro.*)
LUIS. Digna de tal anfitrión. (*Idem.*)
CAR. Digna del sultán de Persia.
PAB. A estómago agradecido
trasciende tanta fineza.
¡Ojalá la gratitud
vuestro corazón encienda!
LUIS. Puedes contar con nosotros.
CAR. Ya sabes que te se aprecia.
PAB. ¡Pist, tanto como saberlo!...
¡Pero puede que lo sepa!
CAR. Está mordaz el amigo.
LUIS. Tú has pisado mala yerba.
PAB. No es extraño; en un jardín
la puede haber mala y buena.
CAR. Estás triste.
LUIS. Y pensativo.
PAB. ¡Qué extraño que me suceda!
Niño aún perdí mis padres
desde mi infancia más tierna;
sólo he sentido ese frío
cariño de la tutela;
cuidado, que es interés;
eco que al alma no llega;
sol que el corazón no alumbrá...
¡Mudo labio que no besa!
¿Qué he de creer?... ¿Qué he de amar?
¿Qué esperanza lisonjera
abrigará un corazón
nutrido en la indiferencia?
Toda religión divina,
toda noble y santa idea
se aprende desde la cuna;
se oye en la plegaria tierna
de la madre que bendice
nuestro lecho de inocencia.
Más tarde ya no se aprende;
la razón no nos enseña

sino la duda cruel,
la ingratitud torpe y negra:
¡La fe ha de robustecerse
antes que la inteligencia!...
¡Ay, del que crece sin madre!
¡Ay, del que niño no reza!
LUIS. ¡Sublime!
CAR. ¡Piramidal!
LUIS. ¡Eso se llama elocuencia!
(*Gil se habrá marchado después de servirles el
café.*)
PAB. Perdonad, amigos míos,
que con tan sentida arenga
os moleste.
CAR. No hay cuidado:
la digestión será buena.
LUIS. Esas frases de moral
salen tan pronto como entran;
sobre todo si el estómago
está repleto de veras.
PAB. Yo pienso así.
CAR. ¡A buena hora
has ido á mudar de escuela!
LUIS. ¡Tú, el seductor atrevido!
CAR. ¡Tú, el alegre calavera!
PAB. Esos goces duran poco,
y ya cuando el hombre piensa...
LUIS. ¿Tú piensas alguna vez?...
CAR. ¡Cada loco con su tema!
PAB. Cambiemos de asunto.
LUIS. Si.
PAB. Carlos, ¿se arregló tu herencia?
CAR. Perfectamente.
PAB. ¿Qué asciende?...
CAR. A un millón... según mi cuenta.
PAB. Buen bocado.
CAR. Regular.
PAB. ¿Tú en la Bolsa?
LUIS. ¡A toda vela!...

PAB. ¿Es decir, que viento en popa?
Vuestra fortuna me alegra.
LUIS. ¡Gracias!...
PAB. Sois amigos míos...
CAR. Eso, Pablo, ¿quién lo niega?
PAB. Pues bien; fijo en la amistad
que ha sido y es nuestro emblema,
debo confesaros toda
la inmensidad de mi pena.
CAR. ¿Qué te pasa?
LUIS. ¿Te ha dejado
tu querida?...
PAB. ¡Quién se acuerda!
CAR. ¿Tienes pendiente algún duelo?
PAB. ¡Sí; con mi propia existencia!
LUIS. No te entiendo.
CAR. Tú eres rico...
LUIS. Vaya, y mucho...
PAB. ¡Yo... lo era!
LUIS. ¿Qué?
CAR. ¿Cómo? (*Se levantan.*)
PAB. Que la fortuna
siempre es loca y siempre rueda.
Mi principal patrimonio
sabeis lo tengo en América...
Pues bien todo lo he perdido:
los azares de la guerra
me han dejado, amigos míos,
por fin sin una peseta,
(¡Demonio!)
LUIS. (¡Quién pensaría!...)
CAR. ¿Os explicais mi tristeza?
PAB. Tengo pendiente de pago
una respetable letra,
y va á entender la justicia
en mi ruina y mi vergüenza.
CAR. (¡Buen postre!)
LUIS. (¡Valiente avance!)
PAB. No os asuste mi franqueza:

vosotros, mis dos amigos,
á quien trato más de cerca
debeis saberlo: he querido
que la impresion os cogiera
así, despues de comer,
para mayor fortaleza.
¡Ó pago ó me pego un tiro!
¡Bien!
LOS DOS. ¡Bien!
PAB. Mi situacion es esta... (*Mirándolos fijamente.*)
(*Veamos.*) (*Pausa larga.*)
LUIS. Pues la amistad... (*Dudando.*)
Francamente, bien quisiera...
pero los negocios...
PAB. ¡Hola! (*Sonriendo.*)
LUIS. Hay veces que uno se encuentra
sin fondos...
CAR. Lo mismo digo;
chico, aunque uno lo desea...
mi fortuna está en el aire...
PAB. ¡Y el corazon en la tierra!...
¡En el fango, mejor dicho,
que envuelve tanta miseria!
Advierte...
CAR. Repara
LUIS. ¡Veo
PAB. adónde la amistad llega!
Respecto á mi posicion
y á esa ruina que os altera,
no os dé cuidado: he querido
someteros á una prueba:
¡salisteis amigos falsos
y no admito esa moneda!
CAR. Hombre: no he dicho del todo...
LUIS. Yo no te he negado á secas...
PAB. Adios: con esta comida
de amistad franca y sincera
terminamos para siempre.
LUIS. ¡Bien!
CAR. ¡Nos despides!...

LUIS. ¡Nos echas!...

PAB. Emprendo un largo viaje.
No sé si daré la vuelta,
ni si un día nos veremos.

LUIS. ¡Está loco! (*Aparte á Carlos.*)

CAR. ¡Qué babieca!

PAB. Mi último adiós... y la mano...
¡La mano se dá á cualquiera!
(*Con ironía, dándole una mano á cada uno.*)
¡Adiós, Carlos! . . ¡Adiós, Luis!
¡Amigos! (*Apretándoles la mano.*)

LUIS. ¡Vaya una escena!

CAR. ¡Venía buscando primos!

LUIS. ¡Para el tonto que lo crea!
(*Aparte mientras cogen los sombreros y salen por la verja que abrirá Pablo y ellos dejarán abierta al salir.*)

ESCENA II.

PABLO solo. (*Pausa.*)

En mal hora os conocí
y en vuestra amistad fié
y franca mano os tendí.
¡En dónde? ¿En dónde hallaré
la esperanza que perdí?
¿En este mundo traidor
sólo encontraré rigores?
Si me asesina el dolor
¿se harán mis penas mayores
en otro mundo mayor?
¿Hay algo más que la historia
del hombre vana memoria?...
¿Será éste su solo centro?
¡El infierno aquí lo encuentro!
¿En dónde estará la gloria? (*Pausa.*)
¡Tu torpe brillo deploro,
riqueza amasada en llanto!

¿Qué vales tú cuando lloro?...
¡No hay nada que canse tanto
como el fastidio del oro!
¿De qué me puede ufanan
torpes deseos lograr,
si en angustiosa aflicción
se me pide el corazón
y no la puedo comprar? (*Pausa.*)
¿De unas horas de contento
qué le queda al pecho mío?...
La sombra de un pensamiento.
La voz del remordimiento...
¡La soledad del vacío!
Supo amarme una mujer
y yo la supe olvidar:
¡hoy que ambiciono querer
no hallo una luz que adorar
ni un suspiro en que creer!
La duda en mi pecho anida
y sólo me alumbraba clara
la esperanza del suicida,
á ver si tras de esta vida
me encuentro á Dios cara á cara.

ESCENA III.

PABLO y GIL.

GIL. Señor.

PAB. ¡Inútil porfía!... (*Sin oírle.*)

GIL. Don Pablo.

PAB. ¿Qué se le ofrece?

GIL. Esta esquela. (*Dándosela.*)

PAB. ¿A ver?... (*Leyendo.*) «Elena
«Pasaré esta tarde á verte.»
Otro desengaño más.
¿Quién se fía de mujeres?... (*Pausa.*)
De fijo á este pobre diablo
no habrá temor que le inquiete.

- Oye, Gil, ¿estás contento en mi casa?
- GIL. Si se quiere si tal; porque hasta de ahora nadie un salario me ofrece mayor.
- PAB. ¿Si te lo ofrecieran?...
- GIL. Pues aunque de franco peque, me iría, porque es el hombre un animal tan endeble que en tocándole el demonio de la codicia, se tuerce.
- PAB. Dices la verdad al ménos.
- GIL. En decir lu que se siente, no se peca, y la mentira perjudica...
- PAB. Algunas veces. (Pausa.)
- ¿Y eres feliz?
- GIL. Nu señor.
- ¡Aunque no lu manifieste estoy que me saltaría los sesos contra un pesebre!
- PAB. ¿Qué te pasa?
- GIL. ¡Desengaños!
- PAB. ¿Tambien desengaños tienes? Cuenta.
- GIL. Es historia muy larga.
- PAB. Bien, pues quiero que la cuentes.
- GIL. Señor, salí de Galicia ha siete años y dos meses dejándome allí á mi novia que es moza de rechupete; yo me vine á hacer carrera que aprender siempre se debe y para aprender, Madrid es la escuela que prumete. Que trabajé como un negro siendo gallego, se advierte. Cuantos dineros junté

- los he remitido siempre porque fincara en mi nombre mi hermano Serapio Perez. Ibame pronto á marchar y á cumplir como decente casándume con Antonia que era mi futura en ciernes, cuando he llegado á saber por un hermano... de leche, que tengo junto á la esquina y que aprende á hacer pasteles, que mi hermano... el natural, el Serapio propiamente, ha comprado para sí lu que para mí mandéle casándose á último de año el dia de San Silvestre.
- PAB. ¿Conque tu hermano?...
- GIL. ¡En persona!
- PAB. (Y busco yo amigos fieles)...
- GIL. Pero no remata en eso.
- PAB. ¿Aun hay más?
- GIL. ¡Lu que me duele... es que casó con mi novia que es ya quantu darse puede!... ¡Conque diga si hay cristiano que se fie de parientes ni si hay gallego en el mundo que á mí á compararse llegue!
- PAB. Sí, que es lance divertido.
- GIL. Sí, señor, siete años, siete trabajando para esto, no hay duda que me divierte. ¡Yo me desnucó si Dios! de su mano no me tiene!
- PAB. ¿Dispones tú de tu vida acaso?
- GIL. ¡Si Dios me quiere, que me quite la intencion;

mas si él que todo lo puede
me deja que yo me mate
no hay duda que lo consiente!

PAB. No te apures por tan poco
que á veces cambia la suerte.
Si yo decido marcharme...
allá... léjos de la gente,
de esa pérdida que lloras
te resarciré con creces.
Señor...

GIL. No me lo agradezcas. . .

GIL. ¡Ah, señor, eternamente!

PAB. El que da lo que le sobra
ni áun la gratitud merece.
Cuando venga esa señora,
que pase.

GIL. Perfectamente.

PAB. Me avisas, que en el jardin
estoy.

GIL. Lo que usted ordene.
(*Vase Pablo por la segunda derecha.*)

ESCENA IV.

GIL, á poco ELENA por la primera derecha.

Devolverme los dineros
que por desgracia perdí!
Y el amo se marcha léjos
segun lo que pude oír.
¡Bah!... si me suelta la mosca,
que no es un grano de anís,
que se marche ó que se muera
poco ha de importarme á mi.
Dice no se lo agradezca
y yo... Vamos al decir;
en mandatos de esa clase
siempre al amu obedecí,
y con respeto á mi hermanu
júrolo yo por San Gil

que en cuanto avuelva á la tierra
y tropiece al galopin
con una quijada mia,
si no hay otra por allí,
le he de sacar las entrañas
aunque me llamen Cain.
Que Antonia se case... al cabo...
es del sexo mujeril
y nada tiene de estraño
ni áun me debe de afligir.

ELEN. Segun dicen en la casa
debe estar en el jardin. (*Saliendo*)

GIL. Adios, señorita Elena.

ELEN. Felices los tengas, Gil.
¿Está Pablo?

GIL. Debe estar.

ELEN. Vamos, ¿está ó no?

GIL. Que sí.
¿Le corre á usted mucha prisa?
(Es una moza hasta allí.)

ELEN. Bastante: pasa recado.

GIL. (Lo que es ser rico y gentil,
ellas vienen á buscarle...
¡Si me buscaran á mi!...)

ELEN. ¡Vamos!... ¡Jesus qué pesado!

GIL. ¡Ya voy!... ¡Qué ojos, qué perfil!
Y sobre todo qué olor,
me trasciende en la nariz!...
¡Debe de ser bergamota
ú debe ser pachulí!...
(*Oliendo al pasar junto á ella. Vase*)

ESCENA V.

ELENA.

Qué inquietud tan azarosa
es tener un buen palmito;
como si fuera un delito

el haber nacido hermosa.
Y la que al arte cruel
se dedica, y sus escollos...
se ve cercada de pollos...
¡Ni que una fuera de miel!
Que si tengo buena voz:
que ópera debo estudiar:
Que á Italia debo marchar
con alguien... ¡Esto es atroz!
Son de lo más importuno...
Gracias á que yo con modos
sé trastearlos á todos
y sólo hago caso de uno.
Ahora me asedia un baron
muy rico: un pobre diablo,
pero yo soy fiel á Pablo...
¡Tiene tan buen corazon!...
¿Y cómo no he de ser fiel?
¿Quién le trata con desvío
si el menor capricho mio
es una órden para él?...
Tengo obsequios de valor.
Los pendientes de brillantes,
y este alfiler de diamantes
son recuerdos de su amor.
Decirle la menor cosa
es realizar el proyecto...
¡Y como tengo el defecto
de que soy tan caprichosa!
Vamos... que no sé ocultar
mi gusto; veo un vestido,
y es claro, como lo pido
me lo tiene que comprar.
Siendo finos y sinceros
¿qué han de hacer por de contado?
¡Por eso á mí me ha gustado
tratarme con caballeros!
Yo no soy una cualquiera,
sólo hablo con cierta gente!...

¡En eso soy muy decente!
¡No me salgo de mi esfera!

ESCENA VI.

ELENA, PABLO y GIL.

ELEN. ¡Pablo!
PAB. ¡Elena!... Gil...
(Haciendo señas de que se vaya.)
GIL. Me ausento
(¡Cuidado que es buen palmito!...
¡Ay!... ¡Quién fuera señorito
siquiera por un momento!)
(Vase por la puerta de la derecha.)
ELEN. Como á tu gusto me ciño
aquí estoy.
PAB. Te llamo, Elena,
porque me embarga la pena.
ELEN. Sabes cuánto es mi cariño.
¿Qué no arrostrara por tí
tu Elena, tu tierna amante?
De mi cariño constante,
¿cuántas pruebas no te di?
No me ciega el interés,
pues sabes que por tu amor
desprecié un embajador
y un ministro portugués.
PAB. ¿Es decir, que hoy que el pesar
nubla todo mi contento
partirás mi sentimiento?
ELEN. ¿Quieres que empiece á llorar?
PAB. Quiero que amor consecuente
me guardes: sólo eso espero.
ELEN. ¿Pues no he dicho que te quiero
hasta la pared de enfrente?
PAB. Pues bien, si nada te asusta
y firme pasion te abrasa,
te diré lo que me pasa...

- ELEN. (¡Su misterio no me gusta!)
PAB. Yo he sido rico, muy rico:
siempre cumplí tu deseo.
ELEN. Y ahora ya, por lo que veo
me lo echas en cara, chico.
PAB. Echártelo en cara, no;
pero mi suerte ha cambiado...
y, Elena, ¡estoy arruinado!...
ELEN. ¿Arruinado? (¡Me aplastó!)
PAB. Mis amigos más constantes
mi miseria no perdonan
y á mi dolor me abandonan.
ELEN. ¿Eso han hecho? ¡Qué tunantes!
Yo lo siento por demás
porque eres muy caballero...
¡Pero, chico, sin dinero,
ay, chico, qué mal estás!
PAB. Pero en esta situación,
tu corazon...
ELEN. ¡Calla, calla!
¡Si ya con candil no se halla
en el mundo un corazon!
El dinero con su brillo
lo mató por revoltoso...
¡No hay corazon más hermoso
que un millon en el bolsillo!
PAB. Y eso, que es el eco fiel
del mundo, ¿lo sientes tú?
ELEN. Pablito, no hagas el bú:
no me atormentes, cruel.
PAB. ¿Te afliges?
ELEN. Y con razon.
Sabes cuánto te he querido,
y sabes que siempre he sido
muy blanda de corazon.
No lo puedo remediar:
qué quieres...
PAB. ¡Oh!
ELEN. No prosigas...

- PAB. Vamos; que no me lo digas,
que me vas á hacer llorar.
A tu ficcion no me avengo
y si llega la ocasion,
me partiré el corazon,
porque yo, Elena, lo tengo.
Lo siento aquí palpitar,
y aunque el mundo no lo crea,
porque ese imposible vea
lo quiero al mundo enseñar!
De tu mezquino interés
el premio no me ha extrañado.
ELEN. ¡Y yo, Pablo, que he dejado
al ministro portugués!
¿Vendiste tu patrimonio
que así contemplas perdida...?
PAB. ¡Sólo hay en venta mi vida
y me la compra el demonio!
ELEN. Pues compadezco tu estrella,
porque el demonio inhumano
debe ser mal parroquiano.
Dime qué te da por ella.
PAB. ¡Me da el inmenso placer
de huir de un mundo traidor
que hace un negocio el amor
y un objeto la mujer!
¡Me da la dicha colmada
de no ser triste testigo
de la traicion del amigo
y el interés de la amada!
¡Eso es lo que me dará
por la vida que aborrezco,
y aunque un infierno le ofrezco
y él otro infierno me da,
gano en el cambio en rigor,
pues en su desden profundo
el que ha vivido en el mundo
no encuentra infierno mayor
ELEN. ¡Buen asunto para un drama,

aunque es un poquito fuerte.
El galan piensa en la muerte;
pero yo, que soy la dama,
y débil como mujer,
y como mujer sensible,
para trance tan terrible
no hay fortaleza en mi sér.
Su negra ruina me apura
y siento más su agonía,
porque la pobreza hoy día
es mal que no tiene cura.
Yo no sé cómo resistes...
Vaya; me voy de tu lado;
porque nunca me han gustado
los espectáculos tristes.
¡Adios!

PAB.
ELEN.

Y que hables así
En vano te desesperas.
¡Adios! (*Medio mutis.*)
¡Ah! que no te mueras
sin despedirte de mí.
(*Vase riendo por la puerta de la verja.*)

ESCENA VII.

PABLO, á poco GIL. Pausa larga.

La he mirado y áun lo dudo:
la escuché y áun no lo creo!
Quien compra amor, esto alcanza
¡que el amor no tiene precio! (*Pausa.*)
¡María!... sola mujer
digna de mi amor entero...
y á la que aleve engañó
mi mentido juramento.
¡Acaso hasta el vicio infame
llegarías, y en el cieno
hoy maldecirás mi nombre
y tu amor y mi recuerdo!
¡Me ahoga este ambiente! La vida

me oprime en su enorme peso!
¡Entre tantos, estoy solo,
y esta soledad da miedo!
¡Es mil veces preferible
la soledad de los muertos!

(*Cae abismado sobre el banco de mármol.*)

GIL. Señor: si sale esta tarde
me ha preguntado el cochero.

PAB. No salgo.

GIL. Se lo diré;
¿prefiere usted á pié el paseo?

PAB. Y que ha de ser largo, Gil.

GIL. Claro: á ventilar el cuerpo.

PAB. (Y el alma si hay otro sér
en esta miseria envuelto!)

(*Oprimiéndose el pecho.*)

GIL. ¿La caja de mis pistolas?
En el cenador la he puesto
segun ayer me ordenó.

PAB. (¿Por qué al hoy cobarde llego?)

GIL. ¿Va usted á tirar al blanco?

PAB. Puede.

GIL. ¿Sí? Pues buen acierto.

PAB. ¡Gacias! (El sol ya declina,
despedirme del sol quiero.

¿Por qué no abrigará el alma
como da calor al cuerpo?)

(*Vase por la izquierda con la vista fija en el horizonte.*)

ESCENA VIII.

GIL, á poco FRANCISCO en traje de mendigo con un niño
de la mano.

GIL. El amo está muy cambiado
y muy triste y descompuesto.
¡No se cómo tienen penas
teniendo tanto dinero!
Lo malo es que los disgustos

- hagan se olvide de aquellos...
De los cuartos prometidos;
¡digo que estaría bueno!
¡lba yo á sentir entónces
de veras su sentimiento!
- FRAN. ¡Ave Maria! (*Apareciendo por la verja.*)
GIL. Adelante.
¿Qué busca usted? (*En tono brusco*)
FRAN. Pues deseo...
GIL. ¿Una limosna? No es este
sitio á propósito.
- FRAN. Cierto;
pero pedir por las calles
está prohibido.
- GIL. ¡Bien hecho!
FRAN. Quisiera hablar con el amo,
no ya por mí, inútil viejo,
sino por el pobre niño...
¡Por mi pobrecito nieto!
Es ya tarde... ¡pide pan!...
y yo dárselo no puedo.
(*Con profundo sentimiento.*)
¡Por lo que usted más estime!...
- GIL. El amo está de paseo.
FRAN. ¿Fuera?
GIL. No; por el jardín,
pero llamarle no debo
para una cosa... (*Con indiferencia.*)
- FRAN. Sí... justo...
que es de poco más ó ménos
socorrer al desgraciado...
Me han dicho que el amo es bueno.
- GIL. Sí, pero...
FRAN. Sin avisarle
si quiere por ahí le espero,
junto á la verja, y si sale
ó pasa, qué diantre... pruebo.
- GIL. No debía pero, en fin...
por ahí fuera... lo consiento

- FRAN. ¡Gracias, jóven, muchas gracias!
GIL. (¡Me llavaré los cubiertos!)
(*Cogiéndolos de la mesa.*)
- FRAN. Tengo cara de mendigo
pero de ladron... no creo...
GIL. ¡Hay tanto petardo!...
(*Téndose con ellos en la bandeja.*)
- FRAN. Sí...
paciencia, y vamos sufriendo...
¡Chico, vaya, no te apures, (*subiendo al foro.*)
que á nadie abandona el cielo!
- NIÑO. Tengo hambre...
FRAN. ¡Vaya por Dios!
NIÑO. Hace frio.
FRAN. ¡Toma un beso!
¡Toma el único tesoro
que no lo compra el dinero!
(*Se ocultan por la derecha detrás de la verja.*)

ESCENA IX.

Pausa larga, sale PABLO con pistola de desafío en la mano.

Huye el sol y con la tarde
acabará mi existencia...
¡Solo estoy con mi conciencia
y tiemblo como un cobarde!
¿Por qué me agito impaciente
si esto es un duelo en rigor?
¡Un duelo! ¡Un lance de honor
como lo llama la gente!
¡Esta es el arma homicida:
las ofensas son mis daños;
padrinos los desengaños,
y mi contrario... mi vida!
No; no debo desmayar:
¿quién teme en un duelo á muerte
cuando tiene por su suerte
la certeza de matar? (*Pausa.*)
¿Morirá aquí mi desvelo?

¡Pronto lo voy á saber! (*Pausa*)
Por no dejármelo ver
mil nubes cubren el cielo.
¿Qué fuerza las agrupó
tan compactas?... ¿Será acaso
que están cerrándole el paso
á un criminal como yo?...
¡Cuando va un alma á volar
se amontonan de manera,
que no hay un hueco siquiera
por donde pueda pasar! (*Pausa.*)
De mi dolor eco insano
ronco el trueno se aproxima...
¡La tempestad está encima,
pero el rayo está en mi mano!

(*Sacudiendo la pistola.*)

¡Rayo que parte del suelo,
y que si en mi mano vibra,
rasgará la última fibra
de este corazón de hielo! (*Pausa.*)
Aquí, sobre el mármol frío
oigo que la muerte zumba.
¡Dormiré sobre mi tumba,
no bajo el mármol impío!
¡Y de la luna al fulgor
tendido en mi sepultura,
seré la yerta escultura
de la duda y del dolor!

(*Pausa: se habrá sentado en el banco.*)

María, á quien desprecié
y cuyo amor no entendí,
y á quien torpe la mentí
y cuyo nombre manché.
¡Si escuchas con afición
el triste fin de mi suerte,
dale un suspiro á mi muerte
y una frase de perdón!
¡Será el solo bien fecundo
que le guie en su camino

á este errante peregrino
que parte huyendo del mundo!
¡Ni en nada puedo esperar,
ni puedo creer en nada,
ni sobre mi tumba helada
ninguno vendrá á llorar!
¡Plomo que mudo y latente
junto á mi mano se esconde,
silba en el aire y responde
á mi suspiro doliente!
¡No te tardes en salir!
¡Entre hirviente fuego brilla,
que para el reo en capilla
la única dicha es morir!
De mi desventura en pos
y hastiado ya del placer
¿qué en el mundo puedo hacer?...

(*En el colmo del arrebató, y amartillando la pistola.*)

FRAN. ¡Una limosna por Dios!
(*Saliendo poco ántes por el foro con el niño y bajando muy despacio hasta colocarse detrás de Pablo.*)

ESCENA X.

PABLO, FRANCISCO y el NIÑO.

PAB. ¡Ah! (*Poniéndose en pié y dejándolo caer sobre el banco la pistola.*)
FRAN. Perdón si le irritó,
y que el cielo le bendiga...
¡La necesidad me obliga!
¡¡Tiene hambre este pobrecito!!
NIÑO. ¡Mira, abuelo, si allí hay pan!
(*Con alegría, y señalando á la mesa*)
PAB. ¡¡Cuando yo desprecio el oro!
Toma. (*Dándole un pedazo de pan.*)
FRAN. ¡Si vale un tesoro!
PAB. ¡¡Mi orgullo insultando están!

- Cuando el rigor inhumano
siembra el llanto y la vigilia
yo opulento y sin familia...)
- FRAN. ¡Que Dios se lo pague, hermano!
(Muy marcada la última palabra.)
- PAB. ¡Ah! ¡Si un hermano tuviera!
- FRAN. ¡Los tienel ¡Qué hay que le asombre!
¡Si la familia del hombre
es la humanidad entera!
¡En su bondad peregrina
Dios nos une en dulces lazos!...
- PAB. ¡El mundo ha roto en pedazos
esa cadena divina!
¡Ya no existe: si existiera
y á todos nos hermanara,
ni á mí el tedio me matara
ni usted mendigando fuera!
¿Ese niño?
- FRAN. Es nieto mío:
su pobre madre murió...
¡Hija mia! *(Llorando.)*
- PAB. ¡Necio yo!
¡Si estais temblando de frio!
(Cogiéndole una mano.)
- FRAN. Yo no...
- PAB. Su mano está helada:
- FRAN. Sin abrigo y siempre al raso...
Para el muchacho si acaso;
yo no necesito nada.
Sólo me asusta el sufrir
de este ángel: cinco años cuenta
¡cuando él come me alimenta
el mirarle sonreir!
- PAB. Yo los puedo remediar
y lo he de hacer por mi nombre.
Ahí va un bolsillo. *(Dándoselo.)*
- FRAN. ¡Pero hombre!...
¿Cómo vamos á pagar
conducta tan generosa?

- PAB. ¡Bésale en la mano... así! *(El niño le besa.)*
Acordándose de mí.
(¡Ya habrá quien rece en mi losa!)
- FRAN. ¡Su nombre quiero saber
para encomendarle á Dios
rezando siempre los dos!...
- PAB. Pablo Velez de Alcocer.
- FRAN. ¡Pablo Velez! *(Recordando.)*
- PAB. ¿Le ha extrañado
mi nombre?
- FRAN. ¡Me asusta, sí!
Con negro horror lo aprendí.
¡Ven, hijo, ven á mi lado!
Desprecia el favor mezquino
que aún á tu madre provoca,
y no envenenes tu boca
con el pan de un asesino!
- NIÑO. ¡Abuelo! *(Refugiándose al lado de Francisco que
habrá tirado el bolsillo.)*
- FRAN. ¡En Valencia fué!
¿Lo recuerdas todavía?
¡Era mi hija!
- PAB. ¡Maria!
- FRAN. ¡Y sin hija me quedé!
- PAB. ¡Muerta!...
- FRAN. ¡Sí, con su dolor!
¡Con el corazon de luto
dejando en la tierra el fruto
de tu criminal amor! *(Señalando al niño.)*
- PAB. ¡Hijo mio! *(Yendo á él.)*
- FRAN. ¿Adónde vas? *(Interrumpiéndole.)*
- PAB. ¡A borrar mi torpe agravio
con un beso de su labio!
¡Es mi hijo!
- FRAN. ¿Tu hijo?
- PAB. ¡Ven!
- NIÑO. ¡Abuelito! *(Abrazándose á sus rodillas.)*
- FRAN. ¡No cedo!
- PAB. ¡Por la pena en que me aflijo!

FRAN. ¡Reniega de ser tu hijo!
¿No ves que te tiene miedo?
Aunque el dolor te taladre
sufre tu amor vergonzoso...
¡Quien niega el nombre de esposo
renuncia al nombre de padre!

PAB. ¡María!
FRAN. ¡Tú la engañaste!
De mi ausencia te valiste;
sobre ella el labio pusiste
y su corazón quemaste!

PAB. ¡Asesinándome estás!
FRAN. De tu vicio haciendo alarde
huiste como un cobarde
que deja el crimen detrás!

PAB. ¡Por favor!
FRAN. Cuando espiraba
en mis brazos mi María,
¿dónde el padre se escondía?
¿Y adónde el esposo estaba?
¿Dónde estaba en su ansiedad
cuando yo inerme y anciano
tendía mi débil mano
implorando caridad?
Él dos años: yo setenta,
él naciendo; yo espirando;
y ambos juntos mendigando
sólo en Dios la vista atenta.
¡Cuando las calles cruzaba
el doble frío sentía
de la nieve que-caía
y el desden que nos cercaba.
¡Tu hijo, en angustioso afán
llamó entónces á su padre.
¡Iba llorando y sin madre,
y descalcito y sin pan!
¡Fria y abundante lluvia
nos iba el rostro azotando
heladas perlas dejando

en su cabellera rubia!
¡Yo entónces en mi aflicción
sentí ponzoñoso agravio
y subió negra á mi labio
una horrible maldición;
pero la hice sucumbir
sin que del pecho saliera,
porque este ángel no aprendiera
tan temprano á maldecir!

PAB. ¡Dios mismo el perdón abona
cuando de él se marcha en pos!

FRAN. ¡Pues que te perdona Dios!...

PAB. ¡Un padre no te perdona!
Busqué un fin á mi tormento
y á las puertas de la muerte
un ángel por rara suerte
me detuvo con su acento.
(Señalando la pistola que estará sobre el banco.)

FRAN. ¿Matarte?... ¡Necio valor!

PAB. ¡Cuando las penas oprimen!...

FRAN. ¡Es claro, se borra un crimen
con otro crimen mayor!

PAB. Yo he buscado la virtud;
yo ambicioné ese tesoro
y aislado en medio del oro
sólo encontré ingratitud.
¡Si un instante de locura
sembró la muerte y el llanto,
yo he sabido llorar tanto
que hoy no lloro en mi amargura!
¡María desde la gloria
perdona mi amor cruel!
¡Lo miro en la imagen fiel
de su bendita memoria!
¡Ella en su eterno cariño
sé que me está perdonando!...
¿No la ves que está llorando
por los ojos de ese niño?
¡Pues comprenden el pesar,

ved el tormento prolijo
del que ve llorar un hijo
y ni aún le puede besar!

FRAN.

¡Pablo!

PAB.

¡La pasión me guía
de padre, que nunca mientel...
¡O un beso sobre esa frente
ó el plomo sobre la mía!

(Fuera de sí y arrojándose sobre la pistola.)

NIÑO.

¡Padre! *(Deteniéndole como por un movimiento ins-
tintivo.)*

PAB.

¡Calma tú mi anhelo,
ángel de perdón bendito! *(Besándole en la frente.)*
¡María puso ese grito
en tu boca desde el cielo!
Padre, con eternos lazos
borrad mi pasado impío.
¡Vuestro perdón!

FRAN.

¡Hijo mío!
¡Venid los dos á mis brazos!
(Colocándose entre los dos.)

PAB.

¡Ah, gracias!

FRAN.

Con tu pesar
borras tu delito ahora,
que sólo al hombre que llora
se le puede perdonar.

PAB.

¡Sé tú su amparo, su egida!
¿Quién no envidiará mi suerte
si á las puertas de la muerte
un ángel me da la vida?

FRAN.

Fuente de dulce consuelo
hallarás en su cariño.
¡La sonrisa de ese niño
es la sonrisa del cielo!
¡Abrazadme así los dos,
y vuestros goces no olviden
á los que en la sombra piden
¡Una limosna por Dios!

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID

Librería de los Sres. Viuda é hijos de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares á esta casa, acompañando su importe en letras de fácil cobro ó sellos de comunicaciones, sin cuyo requisito no serán servidos.